

AL PIO LECTOR.

Y si fueres cruel, y no pio, perdona; que este epíteto natural del pollo has heredado de Enéas, de quien decientes. Y en agradecimiento de que te hago cortesía en no llamarte benigno lector, advierte que hay tres géneros de hombres en el mundo: los unos, que por hallarse ignorantes no escriben, y estos merecen disculpa por haber callado, y alabanza por haberse conocido. Otros, que no comunican lo que saben: á estos se les ha de tener lástima de la condición y envidia del ingenio, pidiendo á Dios que les perdone lo pasado y les enmiende lo por venir. Los últimos no escriben de miedo de las malas lenguas: estos merecen reprehension, pues si la obra llega á manos de hombres sabios, no saben decir mal de nadie; si de ignorantes, ¿cómo pueden decir mal sabiendo que si lo dicen de lo malo lo dicen de sí mismos? Y si del bueno, no importa, que ya saben todos que no lo entienden. Esta razon me animó á escribir el *Sueño de las calaveras*, y me permitió osadía para publicar este discurso: si le quieres leer, léele; y si no, déjale; que no hay pena para quien no le leyere. Si le empezares á leer y te enfadare, en tu mano está con que tenga fin donde te fuere enfadoso. Solo he querido advertirte en la primera hoja que este papel es solo una reprehension de malos ministros de justicia, guardando el decoro que se debe á muchos que hay loables por virtud y nobleza, poniendo todo lo que en él hay debajo la correccion de la Iglesia romana y ministros de buenas costumbres.

DISCURSO.

Fué el caso que entré en San Pedro á buscar al licenciado Calabres, hombre de bonete de tres altos hecho á modo de medio celemin; ojos de espulgo, vivos y bulliciosos; puños de Corinto, asomo de camisa por cuello, mangas en escaramuza y calados de rasgones, los brazos en jarra, y las manos en garfio: habla entre penitente y diciplinante, los ojos bajos y los pensamientos tiples, la color á partes hendida y á partes quebrada, muy tardon en las respuestas y abreviador en la mesa, gran lanzador de espíritus, tanto, que sustentaba el cuerpo con ellos. Entendíasele de ensalmar, haciendo al bendecir unas cruces mayores que las de los mal casados. Hacia del desaliño humildad; contaba visiones, y si se descuidaban á creerle hacia milagros que me cansó.

Este, señor, era uno de los sepulcros hermosos, por defuera blanqueados y llenos de molduras, y por dentro pudricion y gusanos; fingiendo en lo exterior honestidad, siendo en lo interior del alma disoluto y de muy ancha y rasgada conciencia. Era en buen romance hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma, y fábula con voz. Halléle solo con un hombre que, atadas las manos y suelta la lengua, descompuestamente daba voces con frenéticos movimientos.

— ¿Qué es esto? le pregunté espantado. Respondióme:

— Un hombre endemoniado. Y al punto el espíritu respondió:

— No es hombre, sino alguacil. Mirad cómo hablais, que en la pregunta del uno y en la respuesta del otro se ve que sabéis poco. Y se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana, por lo cual, si quereis acertarme, debéis llamarme á mí demonio enaguacilado, y no á este alguacil endemoniado, y avénislos mejor los hombres con nosotros que con ellos, si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable. Verdugos y alguaciles malos parece que tenemos un mismo oficio, pues bien mirado, nosotros procuramos condenar, y los alguaciles también; nosotros, que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran. al parecer con más ahinco, porque ellos lo han menester para su sustento, y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho más de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros, pues ellos hacen mal á hombres como ellos y á los de su género, y nosotros no. Fuera desto, los demonios lo fuimos por querer ser como Dios, y los alguaciles son alguaciles por querer ser ménos que todos. Persuádetes que alguaciles y nosotros somos de una profesion; sino que ellos son diablos con varilla, como cohetes, y nosotros alguaciles sin vara, que hacemos áspera vida en el infierno. Admiráronme las sutilezas del diablo; enojóse Calabres, revolvió sus conjuros, quisole enmudecer y no pudo, y al echarle agua bendita comenzó á huir y á dar voces diciendo:

— Clérigo, cata que no hace estos sentimientos el alguacil por la parte de bendita, sino por ser agua; no hay cosa que tanto aborrezca, pues si en su nombre se llama *alguacil*, es encajada una *l* en medio. Yo no traigo corchetes ni soplonés ni escribanito; quítenme la tara como al carbon, y hágase la cuenta entre mí y el agarrador. Y porque acabeis de conocer quién son y cuán poco tienen de cristianos, advertid que de pocos nombres que del tiempo de los moros quedaron en España, llamándose ellos merinos, le han dejado por llamarse alguaciles, que alguacil es palabra morisca; y hacen bien, que conviene el nombre con la vida y ella con sus hechos.

— Eso es muy insolente cosa oírlo, dijo furioso mi licenciado, y si le damos licencia á este enredador, dirá otras mil bellaquerías y mucho mal de la justicia, porque corrige el mundo y le quita con su temor y diligencia las almas que tiene negociadas.

— No lo hago por eso, replicó el diablo, sino porque ese es tu enemigo que es de tu oficio; y ten lástima de mí y sácame del cuerpo deste, que soy demonio de prendas y calidad, y perderé despues mucho en el infierno por haber estado acá con malas compañías.

— Yo te echaré hoy fuera , dijo Calabres , de lástima de ese hombre que aporreas por momentos y maltratas ; que tus culpas no merecen piedad ni tu obstinacion es capaz della.

— Pídeme albricias , respondió el diablo , si me sacas hoy ; y advierte que estos golpes que le doy y lo que le aporreo no es sino que yo y él reñimos acá sobre quién ha de estar en mejor lugar , y andamos á más diablo es él. Acabó esto con una gran risada : corrióse mi buen licenciado , y determinóse á enmudecerle. Yo , que habia comenzado á gustar de las sutilezas del diablo , le pedí que , pues estábamos solos , y él , como mi confidente , sabía mis cosas secretas , y yo , como amigo , las suyas , que le dejase hablar , apremiándole solo á que no maltratase el cuerpo del alguacil. Hízose así , y al punto dijo :

— Donde hay poetas , parientes tenemos en córte los diablos , y todos nos lo debeis por lo que en el infierno os sufrimos ; que habeis hallado tan fácil modo de condenaros , que hierve todo él en poetas. Y hemos hecho una ensancha á su cuartel , y son tantos , que compiten en los votos y elecciones con los escribanos ; y no hay cosa tan graciosa como el primer año de noviciado de un poeta en penas , porque hay quien le lleva de acá cartas de favor para ministros , y créese que ha de topar con Radamanto y pregunta por el Cerbero y Aqueronte , y no puede creer sino que se los esconden.

— ¿ Qué géneros de penas les dan á los poetas ? repliqué yo.

— Muchas , dijo , y propias. Unos se atormentan oyendo alabar las obras de otros , y á los más es la pena el limpiarlos. Hay poeta que tiene mil años de infierno y aun no acaba de leer unas endechillas á los celos ; otros verás en otra parte aporrearse y darse de tizonazos sobre si dirá faz ó cara. Cuál para hallar un consonante no hay cerco en el infierno que no haya rodado mordiéndose las uñas. Mas los que peor lo pasan y más mal lugar tienen son algunos poetas de comedias , por las muchas reinas que han hecho , las infantas de Bretaña que han deshonorado , los casamientos desiguales que han efectuado en los fines de las comedias , y los palos que han dado á muchos hombres honrados por acabar los entremeses. Mas es de advertir que los poetas de comedias no están entre los demas , sino que por cuanto tratan de hacer enredos y marañas , se ponen entre los procuradores y solicitadores , gente que solo trata deso. Y en el infierno están todos aposentados así ; que un artillero que bajó allá el otro dia , queriendo que le pusiesen entre la gente de guerra , como al preguntarle del oficio que habia tenido dijese que hacer tiros en el mundo , fué remitido al cuartel de los escribanos , pues son los que hacen tiros en el mundo. Un sastre , porque dijo que habia vivido de cortar de vestir , fué aposentado con los maldicientes. Un ciego , que quiso encajarse con los poetas , fué llevado á los enamorados por serlo todos. Los que venian por el camino de los locos ponemos con los astrólogos , y á los por mentecatos , con los alquimistas. Uno vino por unas muertes , y está con los médicos. Los mercaderes que se condenan por vender están con Júdas. Los malos ministros , por lo que han tomado alojan con el mal ladron. Los necios están con los verdugos. Y un aguador que dijo habia vendido agua fria fué llevado con los taberneros. Llegó un mohatrero tres dias há , y dijo que él se condenaba

por haber vendido gato por liebre , y pusímoslo de piés con los venteros , que dan lo mismo. Al fin , el infierno está repartido en estas partes.

— Oíte decir ántes de los enamorados , y por ser cosa que á mí me toca, gustaria saber si hay muchos.

— Mancha es la de los enamorados , respondió , que lo toma todo , porque todos lo son de sí mismos ; algunos de sus dineros , otros de sus palabras, otros de sus obras , y algunos de las mujeres ; y destos postreros hay ménos que de todos en el infierno , porque las mujeres son tales , que con ruindades, con malos tratos y peores correspondencias les dan ocasiones de arrepentimiento cada dia á los hombres. Como digo , hay pocos destos , pero buenos y de entretenimiento , si allá cupiera. Algunos hay que en celos y esperanzas amortajados y en deseos se van por la posta al infierno , sin saber cómo ni cuándo ni de qué manera. Hay amantes alacayuelos que arden llenos de cintas ; otros érnitos como cometas , llenos de cabellos ; y otros que en los billetes solos que llevan de sus damas ahorran veinte años de leña á la fábrica de la casa , abrasándose lardeados en ellos. Son de ver los que han querido doncellas enamorados de doncellas, con las bocas abiertas y las manos extendidas. Destos unos se condenaban por tocar sin tocar pieza , hechos bufones de los otros , siempre en vísperas del contento , sin tener jamas el dia , y con solo el título de pretendientes. Otros se condenan por el beso, brujuleando siempre los gustos sin poderlos descubrir. Detras de estos en una mazmorra están los aduladores : estos son los que mejor viven y peor lo pasan , pues otros les sustentan la cabalgadura y ellos la gozan.

— Gente es esta, dije yo, cuyos agravios y favores todos son de una manera.

— Abajo en un apartado muy sucio , lleno de mondaduras de rastro (quiero decir , cuernos) están los que acá llamamos cornudos , gente que aun en el infierno no pierde la paciencia ; que como la llevan hecha á prueba de la mala mujer que han tenido , ninguna cosa los espanta. Tras ellos están los que se enamoran de viejas, con cadenas ; que los diablos, de hombres de tan mal gusto aun no pensamos que estamos seguros ; y si no estuviesen con prisiones , Barababas aun no tendria bien guardadas las asentaderas, dellos ; y tales como somos les parecemos blancos y rubios. Lo primero que con estos se hace es condenarles la lujuria y su herramienta á perpetua cárcel. Mas dejando estos , os quiero decir que estamos muy sentidos de los potajes que haceis de nosotros , pintándonos con garras sin ser aguiluchos ; con colas , no habiendo diablos rabones ; con cuernos , no siendo casados ; y mal barbados siempre , habiendo diablos de nosotros que podemos ser ermitaños y corregidores. Remediad esto , que poco há que fué Jerónimo Bosco allá , y preguntándole por qué habia hecho tantos guisados de nosotros en sus sueños , dijo : Porque no habia creído nunca que habia demonios de véras. Lo otro y lo que más sentimos es , que hablando comunmente soleis decir : Miren el diablo del sastre , ó diablo es el sastrecillo. A sastres nos comparais , que damos leña con ellos al infierno, y aun nos hacemos de rogar para recibirlos ; que si no es la póliza de quinientos , nunca hacemos recibo , por no malvezarlos y que ellos no aleguen posesion : *Quoniam consuetudo est altera lex* ; y como tienen posesion en el hurtar y quebrantar las fies-

tas , fundan agravio si no les abrimos las puertas grandes como si fuesen de casa. Tambien nos quejamos de que no hay cosa , por mala que sea , que no la deis al diablo ; y en enfadándoos algo, luego decis : Pues el diablo te lleve. Pues advertid que son más los que se van allá que los que traemos ; que no de todo hacemos caso. Dais al diablo un mal trapillo , y no le toma el diablo , porque hay algun mal trapillo que no le tomará el diablo. Dais al diablo un italiano , y no le toma el diablo , porque hay italiano que tomará al diablo : y advertid que las más veces dais al diablo lo que él ya se tiene , digo , nos tenemos.

— ¿ Hay reyes en el infierno ? le pregunté yo ; y satisfizo á mi duda diciendo :

— Todo el infierno es figuras , y hay muchos de los gentiles , porque el poder , libertad y mando les hace sacar á las virtudes de su medio , y llegan los vicios á su extremo ; y viéndose en la suma reverencia de sus vasallos y con la grandeza puestos á dioses , quieren valer punto ménos y parecerlo ; y tienen muchos caminos para condenarse y muchos que los ayudan ; porque uno se condena por la crueldad , y matando y destruyendo es una guadaña coronada de vicios y una peste real de sus reinos ; otros se pierden por la codicia , haciendo almacenes de sus villas y ciudades á fuerza de grandes pechos , que en vez de criar desustancian ; y otros se van al infierno por terceras personas y se condenan por poderes , fiándose de infames ministros ; y es dolor verlos penar , porque como bozales en trabajo se les dobla el dolor con cualquier cosa. Solo tienen bueno los reyes que , como es gente honrada , nunca vienen solos , sino con punta de dos ó tres privados , y á veces el encaje , y se traen todo el reino tras sí , pues todos se gobiernan por ellos , aunque privado y rey es más penitencia que oficio , y más carga que gozo ; ni hay cosa tan atormentada como la oreja del príncipe y del privado , pues de ella nunca escapan pretendientes quejosos y aduladores , y estos tormentos los califican para el descanso. Los malos reyes se van al infierno por el camino real , y los mercaderes por el de la plata.

— ¿ Quién te mete ahora con los mercaderes ? dijo Calabres.

— Manjar es que nos tiene ya empalagados á los diablos y ahitos , y aun los vomitamos : vienen allá á millares , condenándose en castellano y en guarismo ; y habeis de saber que en España los misterios de las cuentas de los extranjeros son dolorosos para los millones que vienen de las Indias , y que los cañones de sus plumas son de batería contra las bolsas ; y no hay renta que si la cogen en medio el Tajo de sus plumas y el Jarama de su tinta , no la ahoguen. Y en fin , han hecho entre nosotros sospechoso este nombre de asientos , que como significan otra cosa que me corro de nombrarla , no sabemos cuándo hablan á lo negociante ó cuándo á lo deshonesto. Hombre destes ha ido al infierno , que viendo la leña y fuego que se gasta , ha querido hacer estanco de la lumbre ; y otro quiso arrendar los tormentos , pareciéndole que ganará con ellos mucho. Estos tenemos allá junto á los jueces que acá los permitieron.

— ¿ Luego algunos jueces hay allá ?

— ¡ Pues no ! dijo el espíritu : los jueces son nuestros faisanes , nuestros platos regalados , y la simiente que más provecho y fruto nos da á los diablos ;

porque de cada juez que sembramos , cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos , cinco letrados y cinco mil negociantes , y esto cada día. De cada escribano cogemos veinte oficiales , de cada oficial treinta alguaciles , de cada alguacil diez corchetes ; y si el año es fértil de trampas , no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro.

— ¿ Tambien querrás decir que no hay justicia en la tierra , rebelde á los dioses ?

— Y ¡ cómo que no hay justicia ! Pues ¿ no has sabido lo de Astrea , que es la justicia , cuando huyendo de la tierra se subió al cielo ? Pues por si no lo sabes , te lo quiero contar.

Vinieron la verdad y la justicia á la tierra : la una no halló comodidad por desnuda , ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así , hasta que la verdad , de puro necesitada ; asentó con un mudo.

La justicia , desacomodada , anduvo por la tierra rogando á todos ; y viendo que no hacian caso della y que le usurpaban su nombre para honrar tiranías , determinó volverse huyendo al cielo. Salióse de las grandes ciudades y córtes , y fué á las aldeas de villanos , donde por algunos dias , escondida en su pobreza , fué hospedada de la simplicidad hasta que envió contra ella requisitorias la malicia. Huyó entónces de todo punto , y fué de casa en casa pidiendo que la recogiesen. Preguntaban todos quién era ; y ella , que no sabe mentir , decia que la justicia. Respondíanle todos : Justicia , y no por mi casa ; vaya por otra ; y así no entraba en ninguna: subióse al cielo , y apenas dejó acá pisadas. Los hombres , que esto vieron , bautizaron con su nombre algunas varas que arden muy bien allá , y acá solo tienen nombre de justicia ellas y los que las traen ; porque hay muchos destos en que la vara hurta más que el ladron con ganzúa y llave falsa y escala. Y habeis de advertir que la cudicia de los hombres ha hecho instrumento para hurtar todas sus partes , sentidos y potencias que Dios les dió las unas para vivir y las otras para vivir bien. ¿ No hurta la honra de la doncella con la voluntad el enamorado ? ¿ No hurta con el entendimiento el letrado que le da malo y torcido á la ley ? ¿ No hurta con la memoria el representante que nos lleva el tiempo ? ¿ No hurta el amor con los ojos , el discreto con la boca , el poderoso con los brazos , pues no medra quien no tiene los suyos , el valiente con las manos , el músico con los dedos , el gitano y cicatero con las uñas , el médico con la muerte , el boticario con la salud , el astrólogo con el cielo ? Y al fin , cada uno hurta con una parte ó con otra. Solo el alguacil hurta con todo el cuerpo , pues acecha con los ojos , sigue con los piés , ase con las manos y atestigua con la boca ; y al fin , son tales los alguaciles , que dellos y de nosotros defienden á los hombres pocas cosas.

— Espántome , dije yo , de ver que entre los ladrones no has metido á las mujeres , pues son de casa.

— No me las nombres , respondió , que nos tienen enfadados y cansados ; y á no haber tantas allá , no era muy mala habitacion el infierno ; y diéramos porque enviudáramos en el infierno mucho ; que como se urden enredos y ellas desde que murió Medusa la hechicera no platican otro , temo no haya alguna

tan atrevida que quiera probar su habilidad con alguno de nosotros , por ver si sabrá dos puntos más. Aunque sola una cosa tienen buena las condenadas por la cual se puede tratar con ellas , que como están desesperadas , no piden nada.

— ¿ De cuáles se condenan más , feas ó hermosas ?

— Feas , dijo al instante , seis veces más , porque los pecados para aborrecerlos no es menester más que cometerlos ; y las hermosas , que hallan tantos que las satisfagan el apetito carnal , hártanse y arrepíentense ; pero las feas , como no hallan nadie , allá se nos van en ayunas , y con la misma hambre rogando á los hombres ; y despues que se usan ojinegras y cariaguileñas , hierve el infierno en blancas y rubias , y en viejas más que en todo , que de envidia de las mozas , obstinadas espiran gruñendo. El otro dia llevé yo una de setenta años que comia barro y hacia ejercicio para remediar las opilaciones , y se quejaba de dolor de muelas porque pensasen que las tenia ; y con tener ya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus canas , y arada la frente , huia de los ratones y traia galas , pensando agradarnos á nosotros : pusímosla allá por tormento al lado de un lindo destos que se van allá con zapatos blancos y de puntillas , informados de que es tierra seca y sin lodos.

— En todó esto estoy bien , le dije ; solo querria saber si hay en el infierno muchos pobres.

— ¿ Qué es pobres ? replicó.

— El hombre , dije yo , que no tiene nada de cuanto tiene el mundo.

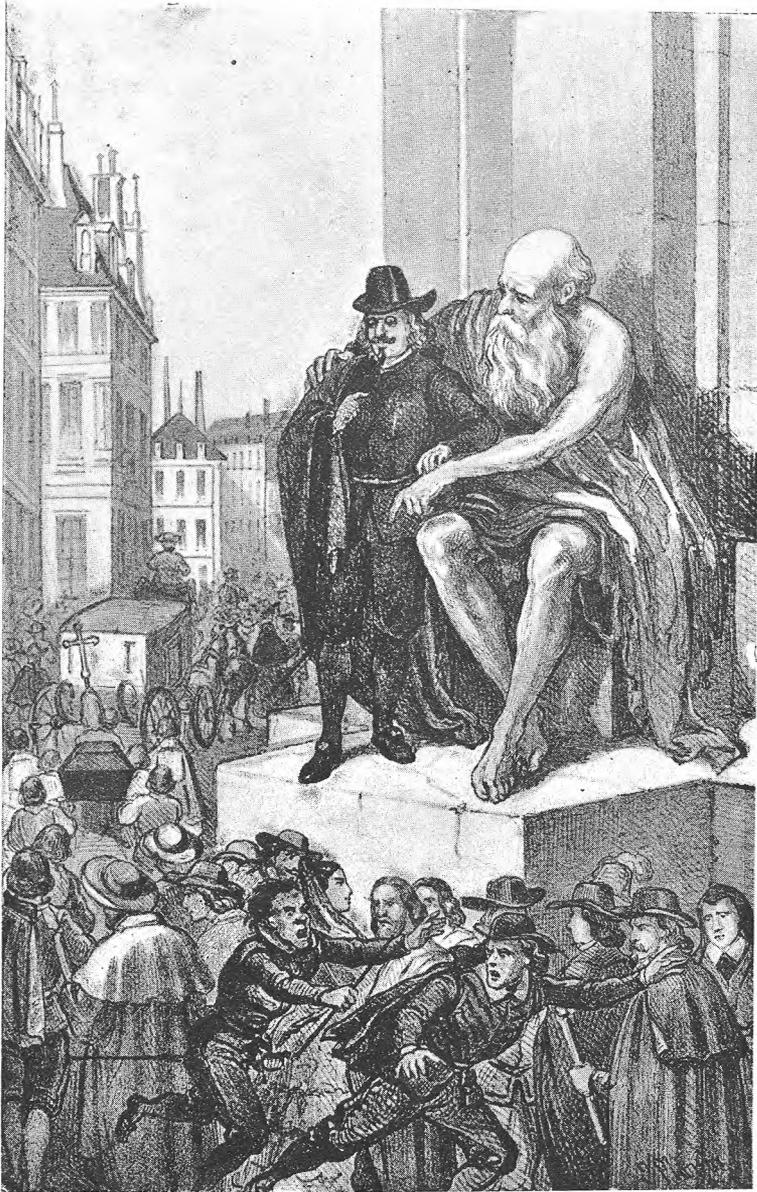
— ¡ Hablara yo para mañana ! dijo el diablo : si lo que condena á los hombres es lo que tienen del mundo , y esos no tienen nada , ¿ cómo se condenan ? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espanteis , porque aun diablos les faltan á los pobres ; y á veces más diablos sois unos para otros que nosotros mismos. ¿ Hay diablo como un adulador , como un envidioso , como un amigo falso , y como una mala compañía ? Pues todos estos le faltan al pobre , que no le adulan , ni le envidian , ni tiene amigo malo ni bueno , ni le acompaña nadie. Estos son los que verdaderamente viven bien y mueren mejor. ¿ Cuál de vosotros sabe estimar el tiempo y poner precio al dia , sabiendo que todo lo que pasó lo tiene la muerte en su poder , y gobierna lo presente y aguarda todo lo por venir como todos ellos ?

— Cuando el diablo predica el mundo se acaba. Pues ¿ cómo siendo tú padre de la mentira , dijo Calabres , dices cosas que bastan á convertir una piedra ?

— ¿ Cómo ? respondió : por haceros mal y que no podais decir que faltó quien os lo dijese. Y adviértase que en vuestros ojos veo muchas lágrimas de tristeza y pocas de arrepentimiento ; y de las más se deben las gracias al pecado , que os harta ó cansa ; y no á la voluntad que por malo le aborrezca.

— Mientes , dijo Calabres ; que muchos buenos hay hoy. Y ahora veo que en todo cuanto has dicho has mentido ; y en pena saldrás hoy de este hombre. Apremióle á que callase , y si un diablo por sí es malo , mudo es peor que diablo.

Vuecelencia con curiosa atencion mire esto y no mire á quien lo dijo ; que por la boca de una sierpe de piedra sale un caño de agua.



El Mundo por de dentro.

LAS ZAHURDAS DE PLUTON.

CARTA Á UN AMIGO SUYO.

Envio á vuesamerced este discurso tercero al *Sueño* y al *Alguacil*, donde puedo decir que he rematado las pocas fuerzas de mi ingenio (no sé si con alguna dicha). Quiera Dios halle algun agradecimiento mi deseo, cuando no merezca alabanza mi trabajo; que con esto tendré algun premio de los que da el vulgo con mano escasa; que no soy tan soberbio que me precie de tener envidiosos, pues de tenerlos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlos tener. Vuesamerced en Zaragoza comunique este papel, haciéndole la acogida que á todas mis cosas, mientras yo acá esfuerzo la paciencia á maliciosas calumnias, que al parto de mis obras (sea aborto) suelen anticipar mis enemigos. Dé Dios á vuesamerced paz y salud. Del Fresno y mayo 3 de 1608.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

PRÓLOGO AL INGRATO Y DESCONOCIDO LECTOR.

Eres tan perverso, que ni te obligué llamándote pio, benévolo, ni benigno en los más discursos porque no me persiguiéses; y ya desengañado, quiero hablar contigo claramente. Este discurso es del infierno: no me arguyas de maldiciente porque digo mal de los que hay en él, pues no es posible que haya den-

tro nadie que bueno sea. Si te parece largo, en tu mano está: toma el infierno que te bastare, y calla. Y si algo no te parece bien, ó lo disimula piadoso, ó lo enmienda docto; que errar es de hombres, y ser herrado de bestias ó esclavos. Si fuere oscuro, nunca el infierno fué claro; si triste y melancólico, yo no he prometido risa: solo te pido, lector, y aun te conjuro por todos los prólogos, que no fuerzas las razones ni ofendas con malicia mi buen celo, pues lo primero, guardo el decoro á las personas y solo reprendo los vicios; murmuro los descuidos y demasias de algunos oficiales, sin tocar en la pureza de los oficios; y al fin, si te agradare el discurso, tú te holgarás, y si no, poco importa; que á mí, de tí ni de él se me da nada. *Vale.*



DISCURSO.

Yo que en el *Sueño* vi tantas cosas y en el *Alguacil alguacilado* oi parte de las que no habia visto, como sé que los sueños las más veces son burla de la fantasía y ocio del alma, y que el malo nunca dijo verdad, por no tener cierta noticia de las cosas que justamente se nos esconden; vi, guiado de mi ingenio, lo que se sigue, por particular providencia, que fué para traerme en el miedo la verdadera paz. Halléme en un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenia la vista (muda recreacion y sin respuesta humana), platicaban las fuentes entre las guijas y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el pájaro, ni sé determinadamente si en competencia suya, ó agradeciéndoles su armonía. Ved cuál es de peregrino nuestro deseo, que no hallo paz en nada desto. Tendí los ojos, codicioso de ver algun camino, por buscar compañía, y veo (cosa digna de admiracion) dos sendas que nacian de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra, como que huyesen de acompañarse. Era la de mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento, y estaba (de la poca gente que por ella iba) llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo, vi algunos que trabajaban en pasarla; pero por ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los piés, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atras, sino todos adelante. Decir que puede ir alguno á caballo es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podria yo caminar aquel desierto á caballo, me dijo:

—Déjese de caballerías; y caiga de su asno. Y miré con todo eso, y no vi huella de bestia ninguna. Y es cosa de admirar que no habia señal de rueda de

coche ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamas. Pregunté, espantado desto á un mendigo que estaba descansando y tomando aliento, si acaso habia ventas en aquel camino ó mesones en los paraderos. Respondióme:

— Venta aquí, señor, ni meson, ¿cómo quereis que le haya en este camino, si es el de la virtud? En el camino de la vida, dijo, el partir es nacer, el vivir es caminar, la venta es el mundo, y en saliendo della es una jornada sola y breve desde él á la pena ó á la gloria. Diciendo esto se levantó, y dijo: Quedaos con Dios, que en el camino de la virtud es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder á quien pregunta por curiosidad, y no por provecho. Comenzó á andar dando tropezones y zancadillas, y suspirando. Parecia que los ojos con lágrimas osaban ablandar los peñascos á los piés y hacer tratables los abrojos. ¡Pésia tal! dije yo entre mí, pues tras ser el camino tan trabajoso, ¿es la gente que en él anda tan seca y poco entretenida? ¡Para mi humor es bueno! Dí un paso atras, y saíme del camino del bien; que jamas quise retirarme de la virtud que tuviese mucho que desandar, ni que descansar. Volvíme á la mano izquierda, y vi un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra, y muchos caballeros. Yo que siempre oi decir, *Dime con quién andas y diréte quién eres*, por ir con buena compañía puse el pié en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que habia menester; porque aquí todos eran bailes y fiestas, juegos y saraos; y no el otro camino, que por falta de sastres iban en él desnudos y rotos, y aquí nos sobraban mercaderes, joyeros y todos oficios; pues ventas, á cada paso; y bodegones, sin número. No podré encarecer qué contento me hallé en ir en compañía de gente tan honrada, aunque el camino estaba algo embarazado, no tanto con las mulas de los médicos, como con las barbas de los letrados, que era terrible la escuadra dellos que iba delante de unos jueces. No digo esto porque fuese menor el batallon de los doctores, á quien nueva elocuencia llama ponzoñas graduadas, pues se sabe que en las universidades estudian para tósigos. Animóme para proseguir mi camino el ver no solo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Otros caian que no se podian tener, y entre ellos fué de ver el cruel resbalon que una lechigada de taberneros dió en las lágrimas que otros habian derramado en el camino, que por ser agua se les fuéron los piés, y dieron en nuestra senda unos sobre otros. Ibamos dando vaya á los que veíamos por el camino de la virtud más trabajados. Hacíamos burla dellos, llamábamoles heces del mundo y desecho de la tierra. Algunos se tapaban los oídos y pasaban adelante; otros que se paraban á escucharnos, dellos desvanecidos de las muchas voces, y dellos persuadidos de las razones, y corridos de las vayas, caian y se bajaban. Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde léjos parecia que iban con ellos mismos; y llegado que hube, vi

que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, que en otros son mercancía del cielo, es n oviado del del infierno. Iban muchas mujeres tras estos, los cuales, siendo enredo con barba, y maraña con ojos, y embeleco, andaban salpicando de mentira á todos, siendo estanques donde pescan adrollas los embustidores. Otros se encomiendan á ellos, que es como encomendarse al diablo por tercera persona. Estos hacen oficio la humildad, y pretenden honra yendo de estrado en estrado y de mesa en mesa. Al fin conocí que iban arrebozados para nosotros; mas para los ojos eternós, que abiertos sobre todos juzgan el secreto más oscuro de los retiramientos del alma, no tienen máscara; bien que hay muchos buenos: mas son diferentes destos, á quien ántes se les ve la disimulacion que la cara, y alimentan su ambiciosa felicidad de aplauso de los pueblos; y diciendo que son unos indignos y grandísimos pecadores y los más malos de la tierra, llamándose jumentos, engañan con la verdad, pues siendo hipócritas, lo son al fin. Iban estos solos aparte, y reputados por más necios que los moros, más zafios que los bárbaros y sin ley, pues aquellos, ya que no conocieron la vida eterna, ni la van á gozar, conocieron la presente y holgáronse en ella; pero los hipócritas ni la una ni la otra conocen, pues en esta se atormentan y en la otra son atormentados; y en conclusion, destos se dice con toda verdad que ganan el infierno con trabajos. Todos íbamos diciendo mal unos de otros; los ricos tras la riqueza, los pobres pidiendo á los ricos lo que Dios les quitó. Van por un camino los discretos, por no dejarse gobernar de otros; y los necios, por no entender á quien los gobierna, aguijan á todo andar. Las justicias llevan tras sí los negociantes, la pasion á las mal gobernadas justicias, y los reyes desvanecidos y ambiciosos todas las repúblicas. Vi algunos soldados, pero pocos; que por la otra senda infinitos iban en hileras ordenados honradamente triunfando; pero los pocos que nos cupieron acá era gente que si, como habian extendido el nombre de Dios jurando, lo hubieran hecho peleando, fueran famosos. Dos corrillos solos iban muy desnudos, que por la mayor parte los tales que viven por su culpa traen los golpes en los vestidos, y sanos los cuerpos. Andaban contando entre sí las ocasiones en que se habian visto, los malos pasos que habian andado (que nunca estos andan en buenos pasos). Nada los oíamos; solo cuando por encarecer sus servicios dijo uno á los otros:

— ¿Qué digo, camarada? ¡Qué trances hemos pasado y qué tragos! Lo de los tragos se les creyó. Miraban á estos pocos los muchos capitanes, maestros de campo, generales de ejércitos que iban por el camino de la mano derecha enternecidos. Y oi decir á uno dellos que no lo pudo sufrir, mirando las hojas de lata llenas de papeles inútiles que llevaban estos ciegos:

— ¿Qué digo, soldados por acá? ¿Esto es de valientes: dejar este camino de miedo de sus dificultades? Venid, que por aquí de cierto sabemos que solo coronan al que vence. ¿Qué vana esperanza os arrastra con anticipadas promesas de los reyes? No siempre con almas vendidas es bien que temerosamente suene en vuestros oídos: Mata ó muere. Reprended la hambre del premio, que de buen varon es seguir la virtud sola, y de cudiciosos los premios no más; y

quien no sosiega en la virtud y la sigue por el interes y mercedes que se siguen, más es mercader que virtuoso, pues la hace á precio de perecedores bienes. Ella es dón de sí misma; quietaos en ella. Y aquí alzó la voz y dijo: Advertid que la vida del hombre es guerra consigo mismo, y que toda la vida nos tienen en arma los enemigos del alma, que nos amenazan más dañoso vencimiento; y advertid que ya los príncipes tienen por deuda nuestra sangre y vida, pues perdiéndolas por ellos, los más dicen que los pagamos, y no que los servimos: volved, volved. Oyéronlo ellos muy atentamente, y enternecidos y enseñados, se encaminaron bien con los demás soldados. Iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros. Noté cómo al fin del camino de los buenos algunos se engañaban y pasaban al de la perdición; porque como ellos saben que el camino es angosto, y el del infierno ancho, y al acabar veían al suyo ancho y el nuestro angosto, pensando que habían errado ó trocado los caminos, se pasaban acá, y de acá allá los que se desengañaban del remate del nuestro. Vi una mujer que iba á pié, y espantado de que mujer se fuese al infierno sin silla ó coche, busqué un escribano que me diera fe dello, y en todo el camino del infierno pude hallar ningún escribano ni alguacil; y como no los vi en él, luego colegí que era aquel el camino, y este otro al revés. Quedé algo consolado, y solo me quedaba duda que como yo había oído decir que iban con grandes asperezas y penitencias por el camino dél, y veía que todos se iban holgando, cuando me sacó desta duda una gran parva de casados que venían con sus mujeres de las manos, y que la mujer era ayuno del marido, pues por darle la perdiz y el capon no comía; y que era su desnudez, pues por darle galas demasiadas y joyas impertinentes iba en cueros; y al fin, conocí que un mal casado tiene en su mujer toda la herramienta necesaria para la muerte, y ellos y ellas á veces el infierno portátil. Ver esta asperísima penitencia me confirmó de nuevo en que íbamos bien. Mas duróme poco, porque oí decir á mis espaldas:

— Dejen pasar los boticarios.

— ¿Boticarios pasan? dije yo entre mí, al infierno vamos. Y fué así, porque al punto nos hallamos dentro por una puerta como de ratonera, fácil de entrar é imposible de salir por ella.

Y fué de ver que nadie en todo el camino dijo: Al infierno vamos; y todos, estando en él, dijeron muy espantados:

— En el infierno estamos.

— ¿En el infierno? dije yo muy afligido: no puede ser. Quíselo poner á pleito: comencéme á lamentar de las cosas que dejaba en el mundo; los parientes, los amigos, los conocidos, las damas. Y estando llorando esto, volví la cara hácia el mundo, y vi venir por el mismo camino, despeñándose á todo correr, cuanto había conocido allá, poco ménos. Consoléme algo en ver esto, y que segun se daban prisa á llegar al infierno, estarían conmigo presto. Comenzóseme á hacer áspera la morada y desapacibles los zaguanes.

Fuí entrando poco á poco entre unos sastres que se me llegaron, que iban medrosos de los diablos. En la primera entrada hallamos siete demonios escri-

biendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre : díjele , y pasé. Llegaron á mis compañeros , y dijeron que eran remendones , y dijo uno de los diablos :

— Deben entender los remendones en el mundo que no se hizo el infierno sino para ellos , segun se vienen por acá. Preguntó otro diablo cuántos eran. Respondieron que ciento , y replicó un verdugo mal barbado entre cano :

— ¿ Ciento y sastres ? no pueden ser tan pocos ; la menor partida que hemos recibido ha sido de mil y ochocientos. En verdad que estamos por no recibirlos. Afligiéronse ellos , mas al fin entraron. Ved cuáles son los malos , que es para ellos amenaza el no dejarlos entrar en el infierno. Entró el primero un negro , chiquito , rubio , de mal pelo ; dió un salto en viéndose allá , y dijo :

— Ahora acá estamos todos. Salió de un lugar donde estaba aposentado un diablo de marca mayor , corcovado y cojo ; y arrojándolos en una hondura muy grande , dijo :

— Allá va leña. Por curiosidad me llegué á él y le pregunté de qué estaba corcovado y cojo , y me dijo (que era diablo de pocas palabras) :

— Yo era recuero de remendones , iba por ellos al mundo , y de traerlos á cuestras me hice corcovado y cojo ; he dado en la cuenta , y hallo que se vienen ellos mucho más apriesa que yo los puedo traer. En esto hizo otro vómito dellos el mundo , y hube de entrarme porque no habia dónde estar ya allí , y el mónstruo infernal empezó á traspalar , y diz que es la mejor leña que se quema en el infierno , remendones de todo oficio , gente que solo tiene bueno ser enemiga de novedades.

Pasé adelante por un pasadizo muy oscuro , cuando por mi nombre me llamaron. Volví á la voz los ojos , casi tan medrosa como ellos , y hablóme un hombre , que por las tinieblas no pude divisar más de lo que la llama que le atormentaba me permitia.

— ¿ No me conoce ? me dijo , á..... (ya lo iba á decir) y prosiguió tras su nombre , el librero. Pues yo soy. ¡ Quién tal pensara ! Y es verdad , Dios , que yo siempre lo sospeché , porque era su tienda el burdel de los libros , pues todos los cuerpos que tenia eran de la gente de la vida , escandalosos y burlones. Un rótulo que decia : Aquí se vende tinta fina papel batido y dorado , pudiera condenar á otro que hubiera menester más apetitos por ello. ¿ Qué quiere ? me dijo viéndome suspenso tratar conmigo estas cosas ; pues es tanta mi desgracia que todos se condenan por las malas obras que han hecho , y yo y algunos librerros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros , y por lo que hicimos barato de los libros en romance y traducidos de latin , sabiendo ya con ellos los tontos lo que encarecian en otros tiempos los sabios ; que ya hasta el lacayo latiniza , y hallarán á Horacio en castellano en la caballeriza. Más iba á decir , sino que un demonio le comenzó á atormentar con humazos de hojas de sus libros , y otro á leerle algunos dellos. Yo , que vi que ya no hablaba , fuíme adelante , diciendo entre mí : Si hay quien se condena por obras malas ajenas , ¿ qué harán los que las hicieron propias ?

En esto iba , cuando en una gran zahurda andaban mucho número de áni-

mas gimiendo, y muchos diablos con látigos y zurriagas azotándolos. Pregunté qué gente eran, y dijeron que no eran sino cocheros; y dijo un diablo lleno de cazcarrias, romo y calvo, que quisiera más (á manera de decir) lidiar con lacayos; porque habia cocherero de aquellos que pedia aun dineros por ser atormentado, y que la tema de todos era que habian de poner pleito á los diablos por el oficio, pues no sabian chasquear los azotes tan bien como ellos.

—¿Qué causa hay para que estos penen aquí? dije. Y tan presto se levantó un cocherero viejo de aquellos, barbinegro y mal carado, y dijo:

—Señor, porque siendo pícaros nos venimos al infierno á caballo y mandando. Aquí le replicó el diablo:

—¿Y porqué callais lo que encubristeis en el mundo, los pecados que facilitastes, y lo que mentistes en un oficio tan vil? Dijo un cocherero (que lo habia sido de un caballero, y aun esperaba que le habia de sacar de allí):

—No ha habido tan honrado oficio en el mundo de diez años á esta parte, pues nos llegaron á poner cotas y sayos vaqueros, hábitos largos y valona, en forma de cuellos bajos. ¿Cómo supieran condenarse las mujeres de los pícaros en su rincon si no fuera por el desvanecimiento de verse en coche? Que hay mujer destos de honra postiza que se fué por su pié al dón, y por tirar una cortina, ir á una testera hartará de ánimas á Perogotero.

—Así, dijo un diablo, soltóse el cocherillo y no callará en diez años.

—¿Qué he de callar, dijo, si nos tratais de esta manera debiendo regalarnos? Pues no os traemos al infierno la hacienda maltratada, arrastrada y á pié, llena de lodos como los siempre rotos escuderos, zaqueando y despeados, sino sahumada, descansada, limpia, y en coche. Por otros lo hiciéramos que lo supieran agradecer. Pues ¡decir que merezco yo eso por barato y bien hablado y aguano, ó porque llevé tullidos á misa, enfermos á comulgar, ó monjas á sus conventos! No se probará que en mi coche entrase nadie con buen pensamiento. Llegó á tanto, que por casarse y saber si una era doncella se hacia informacion si habia entrado en él, porque era señal de corrupcion; ¿y tras desto me das este pago?

—Via, dijo un demonio mulato y zurdo: redobló los palos, y callaron; y forzóme ir adelante el mal olor de los cocheros que andaban por allí.

Y lleguéme á unas bóvedas donde comencé á tiritar de frio y dar diente con diente, que me helaba. Pregunté, movido de la novedad de ver frio en el infierno, qué era aquello, y salió á responder un diablo zambo, con espolones y grietas, lleno de sabañones, y dijo:

—Señor, este frio es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares chocarrereros, hombres por de más y que sobran en el mundo, y que están aquí retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta, que templaria el dolor del fuego. Pedíle licencia para llegar á verlos: diómela, y calofriado llegué y vi la más infame casilla del mundo, y una cosa que no habrá quien lo crea, que se atormentaban unos á otros con las gracias que habian dicho acá. Y entre los bufones vi muchos hombres honrados que yo habia tenido por tales: pregunté la causa, y respondiome un diablo que eran

aduladores, y que por esto eran bufones de entre cuero y carne. Y repliqué yo, cómo se condenaban; y me respondieron:

—Gente es que se viene acá sin avisar, á mesa puesta y á cama hecha como en su casa. Y en parte los queremos bien, porque ellos se son diablos para sí y para otros, y nos ahorran de trabajos, y se condenan á sí mismos; y por la mayor parte en vida los más ya andan con marca del infierno, porque el que no se deja arrancar los dientes por dinero, se deja matar hachas en las nalgas ó pelar las cejas; y así, cuando acá los atormentamos, muchos dellos despues de las penas solo echan ménos las pagas. ¿Veis aquel? me dijo; pues mal juez fué y está entre los bufones, pues por dar gusto no hizo justicia, y á los derechos que no hizo tuertos, los hizo bizcos. Aquel fué marido descuidado, y está tambien entre los bufones, porque por dar gusto á todos vendió el que tenia con su esposa, y tomaba á su mujer en dineros como racion, y se iba á sufrir. Aquella mujer, aunque principal, fué juglar, y está entre los truhanes porque por dar gusto hizo plato de sí misma á todo apetito. Al fin, de todos estados entran en el número de los bufones, y por eso hay tantos, que, bien mirado, en el mundo todos sois bufones, pues los unos os andais riendo de los otros, y en todos, como digo, es naturaleza, y en unos pocos oficio. Fuera destos, hay bufones desgranados y bufones en racimos. Los desgranados son los que de uno en uno y de dos en dos andan á casa de los señores. Los en racimo son los faranduleros miserables de bululu; y destos os certifico que si ellos no se nos viniesen por acá, que nosotros no iríamos por ellos.

Trabóse una pendencia adentro, y el diablo acudió á ver lo que era. Yo, que me vi suelto, entréme por un corral adelante, y hedia á chinches que no se podía sufrir. A chinches hiede, dije yo; apostaré que alojan por aquí los zapateros; y fué así, porque luego sentí el ruido de los bojes y vi los tranchetes. Tápeme las narices, y asoméme á la zahurda donde estaban, y habia infinitos. Díjome el guardian:

—Estos son los que vinieron consigo mismos, digo, en cueros; y como otros se van al infierno por su pié, estos se van por los ajenos y por los suyos, y así vienen tan ligeros. Y doy fe de que en todo el infierno no hay árbol ninguno chico ni grande, y que mintió Virgilio en decir que habia mirtos en el lugar de los amantes, porque yo no vi selva ninguna sino en el cuartel que dije de los zapateros, que estaba todo lleno de bojes, que no se gasta otra madera en los edificios.

Estaban todos los zapateros vomitando de asco de unos pasteleros que se les arrimaban á las puertas, que no cabian en un silo, donde estaban tantos que andaban mil diablos con pisones atestando almas de pasteleros, y aun no bastaban.

—¡Ay de nosotros, dijo uno, que nos condenamos por el pecado de la carne, sin conocer mujer, tratando más en huesos! Lamentábase bravamente, cuando dijo un diablo:

—Ladrones, ¿quién merece el infierno mejor que vosotros, pues habeis hecho comer á los hombres caspa, y os han servido de pañizuelos los de á real, sonándoos en ellos, donde muchas veces pasó por caña el tuétano de las narices?



Otras ví que desnudaban al hombre más honrado...
por vestir al más pícaro



¿Qué de estómagos pudieran ladrar, si resucitaran los perros que les hicistes comer? ¿Cuántas veces pasó por pasa la mosca golosa, y muchas fué el mayor bocado de carne que comió el dueño del pastel? ¿Qué de dientes habeis hecho jinetes, y qué de estómagos habeis traído á caballo, dándoles á comer rocines enteros? ¿Y os quejais, siendo gente ántes condenada que nacida, los que haceis así vuestro oficio? ¿Pues qué pudiera decir de vuestros caldos? Mas no soy amigo de revolver caldos. Padeced y callad enhoramala; que más hacemos nosotros en atormentaros que vosotros en sufrirlo. Y vos andad adelante, me dijo á mí, que tenemos que hacer estos y yo.

Partíme de allí, y subíme por una cuesta donde en la cumbre y alrededor se estaban abrasando unos hombres en fuego inmortal, el cual encendian los diablos, en lugar de fuelles, con corchetes, que soplaban mucho más; que aun allá tienen este oficio y son abanicos de culpas y resuello de la provincia, y varahada del verdugo.

Vi un mercader que poco ántes habia muerto.

—¿Acá estais? dije yo. ¿Qué os parece? ¿No valiera más haber tenido poca hacienda y no estar aquí? Dijo en esto uno de los atormentadores:

—Pensaron que no habia más, y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras. Estos son, dijo, los que han ganado como buenos caballeros el infierno por sus pulgares, pues á puras pulgaradas se nos vienen acá. Mas ¿quién duda que la oscuridad de sus tiendas les prometia estas tinieblas? Gente es esta (dijo al cabo muy enojado) que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida; mas él, que todo lo ve, los trajo de sus rasos á estos nublados, que los atormenten con rayos. Y si quieres acabar de saber cómo estos son los que sirven allá á la locura de los hombres juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un día, todos estos quedarán pobres, pues entónces se conociera que en el diamante, perlas, oro y sedas diferentes, pagamos más lo inútil y demasiado raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora que la cosa que más cara se os vende en el mundo es lo que ménos vale, que es la vanidad que teneis; y estos mercaderes son los que alimentan todos vuestros desórdenes y apetitos. Tenia talle de no acabar sus propiedades, si yo no me pasara adelante, movido de admiracion de unas grandes carcajadas que oi. Fuíme allá por ver risa en el infierno, cosa tan nueva. ¿Qué es esto? dije; cuando veo dos hombres dando voces en un alto, muy bien vestidos, con calzas atacadas: el uno con capa y gorra, puños como cuellos, y cuellos como calzas; el otro traía valones y un pergamino en las manos, y á cada palabra que hablaban se hundian siete ú ocho mil diablos de risa, y ellos se enojaban más. Lleguéme más cerca por oirlos, y oi al del pergamino, que á la cuenta era hidalgo, que decia:

—Pues si mi padre se decia tal cual, y soy nieto de Estéban tales y cuales, y ha habido en mi linaje trece capitanes valerosísimos, y de parte de mi madre doña Rodriga desciendo de cinco catedráticos los más doctos del mundo, ¿cómo me puedo haber condenado? Y tengo mi ejecutoria y soy libre de todo, y no debo pagar pecho.